Primera parte de la entrevista al señor Cirilo Cruz Angulo Mayordomo trucquero de coches de ferrocarriles

En la palabra de... Cirilo Cruz Angulo

La entrevista que aquí presentamos forma parte del Archivo de la Palabra "Jesús García Corona", que hasta el momento cuenta con alrededor de 60 entrevistas levantadas a trabajadores jubilados y en activo de las ciudades de México, Puebla, Apizaco y Oriental, así como a migrantes que hacen uso del ferrocarril.
Esta entrevista la realizó Patricio Juárez, jefe del Departamento de Archivo Histórico del Cedif, el 30 de mayo de 2012, al señor Cirilo Cruz Angulo, ferrocarrilero jubilado. Debido a su extensión, la dividiremos en dos partes. Aquí la primera.

Patricio Juárez (P.J.) ¿En qué año y dónde nació?
Cirilo Cruz Angulo (C.C.) Nací el 3 de febrero de 1921, (estoy en mi mero punto), en Magdalena Tlatelulco, municipio Santa Ana Chiautempan Tlaxcala.

P. J. ¿Quiénes fueron sus padres?
C.C. Evaristo Cruz mi padre y mi mamá Candelaria Angulo.

P. J. ¿Su papá también fue ferrocarrilero?
C. C. No, él fue comerciante en general, de aquellos tiempos cuando se usaban puras acémilas, cuando no había ni camiones, ni carros. Me acuerdo cuando mi papá venía con las carretas a la estación [sede del Museo Nacional de los Ferrocarriles Mexicanos] para recoger la mercancía y luego iba al mercado de la Victoria [hasta los años de 1970 era el más céntrico mercado de abastos de la ciudad de Puebla]. En aquellos años se iba en la carreta que tenía un timbre, iba repicando, tan, tan, tan, no había camiones. Mi papá embarcaba todo y venía a traer la mercancía aquí para el comercio, y llevarlo allí con las carretas. En aquellos tiempos, ahora ya no, ya ni se conocen las carretas, en aquel tiempo sí. Mi papá era comerciante y de pronto se iba, duraba a veces de ocho a quince días en su viaje.

P. J. ¿Hasta dónde iba?
C. C. Iba a Zacatlán con acémilas y luego de Puebla a Tehuacán. Ese era su rumbo. En aquel tiempo utilizaba puros caballos, acémilas. Él era comerciante, y usaba mucho la víbora para guardar su dinero; se amarraba acá [se señala la cintura], cuando la vaciaba salía pura plata, hasta sonaba bonito, era la moneda 0.720. También tenía su ranchito. En aquel tiempo estaba duro el trabajo en el ranchito y llegó el momento en que, por ser el primerito, tuve que entrar a trabajar a la fábrica La Estrella, en Santa Ana Chiautempan. De allí salí y me casé. Después de casarme entré a trabajar a Ferrocarriles, porque los hermanos de mi

esposa que trabajaban en la empresa me dijeron que entrara. Mi cuñado Juan George me hizo el favor, me dijo: ¡Ya no trabajes aquí, mejor nos vamos para México! Yo le dije: ¡Ya me hallé en el trabajo de la fábrica! Pero él insistió: no, no, vámonos para allá. Ya nos fuimos para México, era primerito, él ya estaba trabajando como secretario con el mayordomo de auxiliares en Nonoalco, México, que era un taller tan grande y el mayordomo general se llamaba Pablo Balderas. Él tenía sus cabos para el personal que tenía que trabajar. Le decían de apodo "El Gavilán".

P. J. ¿Cuántos años tenía cuando entró a trabajar a Ferrocarriles?
C. C. Tenía como 21 años, en el año 1942. Al llegar allí me hizo favor mi cuñado, como trabajaba como secretario, era muy obediente en su trabajo, porque anteriormente los mayordomos no hablaban como a últimas fechas, allí hablaban puras groserías, ¡Óyeme jijo póngase a trabajar aquí! Y así cosas por el estilo. Entré a trabajar con mi cuñado, como era muy querendón de allí en las oficinas. Las oficinas del taller de Nonoalco eran muy grandes, eran muchos trabajadores y había once pagadores. Era grandísimo y todos pagaban por Departamentos. Los auxiliares eran temprano, estaban a las siete de la mañana, duro y duro, tenían abierto hasta como a las dos de la tarde, nada más auxiliares, ¡puros auxiliares! Y los otros eran para los cobreros, los otros eran para el Departamento de Modelos, que era de dos piezas grandes, allí hacían los modelos para todo tipo de fundición, allí fundían el bronce. En una ocasión entré al Departamento de Fundición de bronce y por estar platicando después ya no me dejaron salir. Entonces les dije, ¿por qué no me dejan salir? Me contestó uno de los que estaban fundiendo, porque el mero jefe estaba afuera, el nada más mandaba a sus trabajadores, y me dijo: mira te voy a explicar, sabes porque no te dejamos salir, porque el bronce que se está fundiendo ahorita debe ser macizo, fuerte, por el peso de los coches, y por el peso de la carga tiene que ser macizo, entonces si se abre la puerta penetra el aire y no se logra, le nombran bolsas de aire, que lleva el bronce, al llevar el bronce bolsas de aire queda poroso, por eso no le debe de pegar nada de aire, debe ser una cosa muy maciza, son toneladas que va a cargar, por eso es que debe de ser macizo. Pues ya no me dejaron salir, y la cosa que tenía que tener mi tarjeta. Oiga, ya el cabrón chaparrito ya se quedó, me decían el chaparrito, ya se quedó, pues ya no se puede salir pues se tienen que enfriar un poco los bronces, entonces el mayordomo me agarró, pero cuando iba saliendo que me llama el cabo, ¡vente para acá!, te van a entregar la tarjeta. No, le dije al señor Balderas, porque ya sabes cómo es "El Gavilán", le decían "El Gavilán", Pablo Balderas. Ya listo, ya me dieron mi tarjeta y chequé. Al día siguiente seguí trabajando. Llega la fecha, el día de San Manuel, ese Pablo Balderas tenía su hermano que era maquinis-

ta, corría de México a Beristáin, me quería el cabresto Gavilán, sí me quería, pero era muy grosero, que me dice: oye tú Cirilo, oye tú Manuel, tu Pancho vente para acá. Va a llegar su cumpleaños de mi hermano Manuel, mi Manolo, se van en la máquina ustedes, porque necesito unos pavos, para mi santo, su santo de mi hermano. Fuimos a Buenavista para esperar el tren, ya estaba formado el tren de carga, ya que voy subiendo, subimos allí en la máquina, váaamonos, llegamos a Tepa, va una chamacona muy bonita y dice: ¡Manolito tus tortas! Era su segunda, que fue a darle de comer, vengan a echarse un taquito, ya llegamos allí, nos da de comer el maquinista, y váaaamonos, el va manejando y comiendo, pues llevaba una buena canastota. Llegamos a Beristáin, allí nos quedamos, y al día siguiente nos dijo: es la salida. Cuando veníamos de regreso llegamos a un lugar, no recuerdo como se llama, en donde había un llanito muy verde, verde, era una extensión grande y había muchos borregos. ¿Qué creen que hizo este Manuel?, nos dijo: ¡corran ustedes y traigan cada quien un borrego!, me lo echan aquí, al furgón que está aquí. Corrimos y como los borregos estaban acostumbrados al ruido de la máquina ni se movieron, estaban echados allí, que los agarramos, en eso estábamos cuando llego otro y dijo: este no se deja, unos borregotes, que lo agarramos y va pa dentro, completamos los cuatro, ahora sí vaaamonos. Tomamos cuatro borregos, pero que me dijo me van a hacer faltan otros dos. Llegamos a Buenavista, lo estaban esperando, tenía que dejar la carga, una chamba nomás porque era pulquero. Llegamos con el carro, a descargar ¡hijo de la chicharra!, estaban cercas las calles de Aldama, estaba cerca de la estación y allí con los borregos, para llevarlo directamente a su casa, era viernes. El sábado que nos presentamos a trabajar, y que nos dice: ¡cómo los trató mi hermano, dijo "El Gavilán Pollero", ya le dijimos pues nos trató perfectamente bien, ¡les dio de comer! Sí comimos, sí nos trató bien. Dijo: ¡Los espero mañana sábado, en la tarde no vayan a fallar! Carajo qué barbacoa, nos atendieron y todo era comer, pura barbacoa, varios compañeros del trabajo creían que la había comprado; qué va a comprar si habían sido robados [risas]. Terminaba eso y llegaban las fiestas de Nochebuena, varias mesas donde quiera, en talleres, en los Departamentos hacían comidas, comelitonas. Todo sabroso y a comer. Palabra, esos talleres eran un pueblo tan grande, porque verdaderamente llegar a las fiestas a comer harta barbacoa, en todos los Departamentos, allí pasaban varios mayordomos. Eran grandes los talleres, el señor Candelas era el ayudante del señor Sotomayor Ruiz, allí esta su nombre, se llamaba Francisco, él era el superintendente de talleres en Nonoalaco, y el señor Candelas, su ayudante, era un señor alto. Había fiestas muy bonitas, comíamos muy a gusto, como en las fiestas de la Nochebuena o el año nuevo. Había ambiente, varios departamentos sacaban fotografías allí donde quiera, sacaban fotografías.

Eran grandes los talleres, había puros mayordomos. Eran mayordomos de los Departamentos de Pailería, Cobrería, Herrería. A los de herrería les decían los diablos, porque era muy peligroso trabajar ahí, porque era pura lumbre, por eso cuando acababa de entrar no quise ir allí, aunque eran tres turnos. Un día llegó un muchacho, Manolo, se llamaba Manuel, alto él, y me dijo: ¡No encontramos en la mañana, entramos en la tarde, vamos a la herrería, allí sí hay trabajo! Y que le digo, a eso sí no le entro, allí vamos pasando y no entramos y al ir pasando estaban cortando las soleras para los ¡ejes!, que eran de acero, un golpe pero en caliente, él iba pasando y que le pega en el pie, del tobillo para arriba, rápido se quemó la ropa pues iba caliente el fierro, se cayó y lo llevaron a la Cruz Roja, la ambulancia de los talleres al Hospital de Ferrocarriles Nacionales de México. Ese hospital era grandísimo, muy grande, ustedes no lo conocieron, era muy grande, enfrente decía Hospital de FNM, era muy grande ese hospital, ese compañero quedó accidentado. Me seguí, entonces solicité puesto. Anteriormente era todo por boletín, salían los boletines de todo el sistema, sistemales, de toda la nación, salían los boletines, y el que no hacía su solicitud se quedaba como peón para siempre. Me dijeron: este acaba de salir y este otro que acaba de entrar, pero ya va a trabajar de auxiliar pero en otro lugar, va con categoría, pues empecé a hacer solicitudes y salí asignado como aseador en Buenavista. Encontré en Buenavista a este señor Salvador, creo que era López, y el señor Nicanor Torres, que era el mayordomo del Departamento de allí. Era para hacer cambios de ruedas, puros coches allí, era un tallercito pequeñito, aseador de coches y carros, pero allí eran puros coches, y Salvador era mayordomo de aseadores. Aseadores éramos muchos, porque venían los trenes y cada quien tenía su corrida para hacer el aseo bien, entonces se hacía el aseo perfectamente muy bien, no como ahora que nomás por encimita. Cuando llegué a Puebla quedé muy admirado, allá no se lavaba bien con el cepillo, por eso varios trabajadores decían vamos a limar, porque agarraban el cepillo y duro, parejito debían de quedar perfectamente muy limpio, y le daban a uno en una parte y a otro la otra parte, entonces el interior aparte se hacía el aseo, el interior, las tazas, llegaba el cabo, una cosa era el mayordomo general de aseadores y los cabos para sobrellevar al personal, llegaba, si veía que las tasas estaban sucias, hasta con las uñas se cercioraba y decía: esta tasa está sucia, favor de limpiarla. Nos decía las cosas con regaños, con palabras duras. Allí iba uno a limpiarlos bien, a los que nos tocaba adentro nos turnaba, un día afuera y otro día al interior, tenían que estar perfectamente bien. De allí volví a hacer otra solicitud. Salí como aseador ambulante, entre México e Irapuato. Qué bonito trabajo tenía allí, muy bonito. Ese tren. Tomaba el tren que se iba para Ciudad Juárez, entonces salía de Buenavista para llegar a Irapuato. En ese tren había de

primera y segunda, iba agregado allí el coche comedor, entonces nosotros ayudábamos a lavar platos después de hacer nuestra chamba, entonces allí entrábamos y salíamos. Antes de llegar a Irapuato le decíamos al cocinero: ¡ahora sí ya vamos a llegar, ¿que nos pueden dar alguna torta para llevar? y él nos contestaba: ¡Allí corten lo que quieran! Así nos decía, agarren lo que quieran, allí iban piernas de marrano, piernas de res, colgadas. Carajo, íbamos a cortar, nos echábamos a nuestra bolsa, comíamos bien, llegábamos a Irapuato y nos íbamos a nuestro cuarto. Teníamos nuestras llaves y entrábamos, comíamos, cenábamos bien, nos íbamos a dar una vuelta. Antes de llegar a la estación o salir de la estación había un río, ahora ya no sé si siga todavía, porque ya cambio la situación, entonces nos salíamos por temor a que nos ganara el tren al otro día. Al día siguiente, hoy lo verá, al día siguiente llegaban otros aseadores del tren de Aguascalientes para Irapuato. Se quedaban ellos a esperar su tren, el que venía de México, ellos tomaban ese, y nosotros tomábamos el que venía de Aguascalientes, el tren para México, muy bonitas las estaciones, había muchas cosas, mucho la cajeta de Celaya, la fresa, los limones con su carrizo; un carrizo para pegarlos allí, todo eso venía de por allá. Muy bonito lugar, íbamos y veníamos, entonces las personas que estaban allí en la estación nos reconocían al ver nuestra placa de aseador ambulante, entonces al llegar allí los señores o señoras, jovencitas nos decían: ¡por favor!, lleven este sobre para la ciudad de México, allí los van a esperar, es para mi familia. Nosotros contestábamos: sí, con todo gusto, lo agarrábamos y salíamos de la ciudad de México. Por favor, una propina para que lleven el sobre, bonita chamaba que era. En Irapuato, igual: ¡por favor lleven esto...!, en México nos esperaban las sirvientas y el trabajador que sea, ya como carteros éramos los dos allí, si nos encontraban allí ya nos daban nuestra propina. Muy bonito trabajo, entonces mi esposa y yo vivíamos en una casa de un señor que se llamaba (ya no recuerdo su nombre), Alfredo Hernández, era muy amigo mío, y trabaja en la oficina de almacén. Compró su terrenito cerca de Martínez de la Torre, en las calles de Zarco, al llegar allí a las calles de Zarco y Degollado, hasta la fecha siguen esas calles, porque al único que le cambiaron de nombre es a la calle de Nonoalco, ahora es Flores Magón, algún día van a ver dice: Flores Magón, y así cosas por el estilo. Salí de allí, siempre hacía mi solicitud, y volví a hacer solicitud. Ahora salí para San Luis Potosí, para trabajar en Venegas. Llegué a Venegas como ayudante trucquero.

P. J. ¿Cuánto tiempo tardó como aseador ambulante?
C. C. Duré si acaso el año, no termine el año. Cada rato salían boletines para ocupar los puestos disponibles y a quienes les gustaba salir fuera los aprovechaban para que no estuvieran siempre como peones. Hacían

su solicitud, porque decían ya me quedé estancado. Si uno tenía la necesidad de tener un puesto de mayor categoría, tenía uno que salir, entonces salí de nueva cuenta ahora como ayudante trucquero a Venegas, San Luis Potosí. En aquel tiempo San Luis Potosí manejaba a Venegas, es como aquí Puebla que manejaba San Lorenzo, Hidalgo. Entonces al llegar allí llegué a las once y media de la noche en el tren de México, pasé por San Luis Potosí para Venegas. De repente llegué, subí, y vi a la tripulación de San Luis Potosí y les pregunté: ¡Oye, viejo, no me vayan a dejar, voy a bajar en Venegas! Me contestaron: ¡No tengas miedo chamaco!, ¡no tengas miedo!, ya cuando iba llegando que me dicen: ¡Ya llegamos!, ¡aquí te bajas! Entonces, en Venegas daba la luz el ferrocarril hasta doce y media, porque esa colonia era de puro ferrocarrilero, entonces había otro ramalito que era para el acarreo de guayule. El guayule era prácticamente lo que aquí nombramos la jarilla, así es el guayule, allí cargaba mucho y al cortar la varita trasciende a hule, y pregunté ¿para qué lo quieren? Y me contestaron: ¡con este se hace el hule, y por eso lo nombran guayule! Al llegar a las once de la noche me quedé parado, había un señor que vendía birria y gritaba ¡aquí está la birria! Y le dije: dame un taco de birria. Que me da el taco tan sabroso, y a comer, y que le digo: ¿Y bueno, hasta qué hora está? ¡Bueno, aquí ya van a quitar la luz y ya me voy a ir!, queda oscuro pues es un pueblito que queda como un hoyo, todo oscuro, muy peligroso, y uno como nuevo, y todavía le pregunté, ¿Qué hotel queda por aquí cerca? Te aconsejo que te quedes en el Hotel Oriental porque sirven bien y cobran barato, y allí a cualquier hora puedes comer. Que voy y que toco la puerta. Me dio mi birria y muchas gracias, pagué y que me voy. Que toco la puerta. Tenía la casa enfrente, en medio y en cada lado una ventana, el comedor, la cocina y enseguida la entrada del personal, era un zaguán grande, llegué y dije: Buenas señor y él me preguntó ¿va a trabajar?, y le conteste que sí. Luego puso sus lámparas de petróleo, y me dijo: Ya van a quitar la luz, pues que pone la de petróleo y empezamos a platicar en la cocina. Allí no había antes como ahora de gas, la cocina quemaba siempre leña, era de leña, una estufa, pero de leña, y entonces empecé a preguntar: ¿cuánto me va a cobrar por quedarme y mis alimentos? Y que me dice: Mire señor $1.50. Ah, está retebien $1.50, un peso cincuenta centavos. Me quedé allí. Al día siguiente me presenté a trabajar. Empecé a trabajar y para hacerle la barba a los compañeros, pues de pueblo ajeno con compañeros que no me conocen, empecé a platicar y en ese momento que llega el tren que venía de Ciudad Juárez, llegó como a las dos de la tarde, y les dije: ¿No gustan una birria? Que cree que me contestaron. ¡No! y que les digo: ¡Carajo porque vengo de fuera me desprecian, siempre tuve la oportunidad de no tener pena, y de una vez les hablaba! Y que me dicen: ¡No, compa!, ¿Entonces por qué me desprecian? ¡No, pues te voy a

decir la pura verdad, es de perro la carne ¡híjole que friega, no le haga! Sí, dice. Ve a comer y a las tres de la tarde aquí te esperamos y vamos a ver, porque no había otro trabajo más que en el ferrocarril. Pues salí a las tres de la tarde y voy allí, ahora sí vamos para que conozcas que es la verdad, que no te engañamos, vamos rumbo al sur, agarramos la vía, ya que vamos camina y camina, y les pregunto ¿a dónde queda? Y que me dicen allí está la cabañita, ya está cerca, que vamos llegando a la cabañita, que se saludan entre ellos pues se conocen, se hablaron por su nombre y en eso me hace señas, estaba tapado, así que lo destapa. Híjole, estaban las cabezas de perros allí, las manos, ya que hacía si ya los comí. Por eso les he dicho aquí en Puebla tengo la seguridad de que aquí nadie ha sufrido como yo, para subir y tener un puesto regular. Ya lo vi, ya se me pasó, ya que le hago si ya los comí. La señora de la fonda me dijo: ¿a poco te llevaron allí donde están los perros?, pues sí señora pero ya me los comí, ¿ya qué le hago?. Seguí haciendo mi solicitud otra vez, y ahora me tocó ir a Gómez Palacio.

P. J. ¿Más o menos cuánto ganaba como ayudante de trucquero?
C. C. Salía por $37.50 a la quincena, ganábamos bien: 37.50, pero puros pesos, no vaya a creer como los de ahora, todavía de a centavito. Seguí haciendo solicitudes y salí como ayudante, pero ya no de segunda. Antes había ayudantes de segunda y primera. Llegué a Gómez Palacio como ayudante de primera. Me presenté en los talleres de Gómez Palacio, estaban retirados del ferrocarril como a medio kilómetro más o menos, cuatro o cinco cuadras allí estaban los talleres. Me presenté, entonces por aquí estaba la estación y por allá los talleres. Me presenté, voy saliendo de allí y encuentro a un dicho, un compañero mío, que nos conocimos en Nonoalco, un dicho Federico Mata, y me dijo: ¡Quiubo compa!, nos abrazamos, sentí hasta consuelo de encontrar compañía allí, y me dijo: ¿Que estás haciendo aquí?, ¡ya vi en el boletín tu nombre, y dije va a venir Cirilo Cruz! Fuimos compañeros allá en Nonoalco, y le dije: ¡Ya llegué!. ¿Sabes, tú puesto no va a quedar aquí y el mío tampoco? Yo estoy en Escalón, Chihuahua, y le dije tu también estás en Escalón, Chihuahua, pues voy a hacer mis papeles de una vez para que nos hagan la orden. Que nos hacen la orden y vámonos. Me dijo: mañana salimos en el tren. Nos fuimos en el tren y me dijo: soy nativo de aquí, de Gómez Palacio, vamos a mi casa. Fui a su casa, me atendió bien, comimos bien, y en eso se acabó la botellita de sotol, allí se vende mucho el sotol, y a chupar, (risas de don Cirilo; ya de allí al día siguiente salimos, mi plática es muy grande, ¿qué?... ¿me sigo? MF